

SOBRE EL SENTIDO DE LA MUERTE

Dr. Max Aguirre Borrero

La vasta y vaga y necesaria muerte.

J.L. Borges

RESUMEN

Sin la posible vivencia personal de la muerte, nuestra experiencia procede de la muerte de los otros.

Una serie de muertes están presentes: la muerte de la persona amada, que me mutila y me desola; mi muerte en la persona amada, que me desestructura; las muertes parciales, hechas de pérdidas y abandonos; y, mi muerte, que ineluctablemente llegará, aceptada por mi conciencia, pero inadmitida por mi ser vivo.

La muerte, con sus múltiples presencias, participa inseparablemente de la vida. Sin embargo, nuestra cultura trata de soslayarla, de negarla. La presencia de la muerte o su alusión genera angustia y rechazo.

Vivimos un acelerado proceso de individualización que hace que el hombre se encuentre cada vez más solo y desamparado; atrapado en un sistema de producción, acumulación, rentabilidad.

La familia tradicional, milenario sostén del hombre, hace crisis y amenaza desmantelarse.

El hombre tiene el anhelo de vivir para siempre; pero también, a veces, el de cesar. Frente al natural aferramiento a la vida, como grave gesto de reclamante ayuda, se presenta el suicidio: fenómeno complejo de serias implicaciones, que requiere de comprensión y actitudes especiales.

El implacable expansionismo tecnológico, en su vertiginoso movimiento, margina al hombre viejo y le deja, como opción cada vez más cierta, la institucionalización asilar, donde acabará solo sus solitarios días.

El sistema nos ofrece, con sus maravillosos logros tecnológicos, la prolongación de la vida hasta extremos que van más allá de la dignidad humana. Ofrece lo que alguien llama "las usinas de cuidados": imponentes y fríos complejos de máquinas, que traducen en jeroglíficos una dudosa existencia del hombre, suprimiendo la posibilidad de una buena y digna muerte. Máquinas que con frecuencia son el indiferente compañero de la solitaria agonía del hombre.

Estos milagros de sobrevivencia médica han cambiado la faz de la agonía y la muerte. En nuestra cultura occidental, la muerte es vista como un fracaso, como una limitación de las posibilidades de la tecnología. No se la admite como un suceso natural al que se llegará de todos modos, y para el cual debería prepararse el hombre a través de una vida realizada.: una buena muerte es, con frecuencia, el resultado de una buena vida.

Ayudar a nuestros pacientes, como propone Viktor Frankl, a encontrar el sentido de la vida en sus varias expresiones, es ayudarlo a contemplar con armonía el irremediable paso hacia la muerte.

Introducción

Vivimos en una época de profundas crisis y de incierto futuro; época en la cual, como en ninguna otra, se hace dudosa la sobrevivencia del hombre en el planeta, condición que parecía la más garantizada. Época en la que campean, hegemónicos, los valores mercantiles; en la que la existencia del hombre se halla atrapada en enajenantes procesos de producción, acumulación, despilfarro y destrucción. Época de ruptura de los patrones familiares tradicionales y de creciente individualismo. Puede asegurarse que jamás como ahora el hombre estuvo tan desamparado y solitario.

En estas condiciones es comprensible que, más preocupado que nunca, el hombre vuelva sus ojos sobre sí mismo y surjan las inagotables y viejas reflexiones sobre la condición humana. En tiempos de crisis individuales y sociales, los problemas que eternamente rondan la existencia del hombre, tales como el sentido de la vida

y de la muerte, la libertad, la responsabilidad, la finitud, se tornan acuciantes y llegan a ser panteados dramáticamente.

La práctica del psicoterapeuta se despliega, por sus propias características en condiciones de conflictos y crisis individuales; de allí que la problemática de la existencia se halle presente, explícitamente o no, en todos los casos de la relación terapéutica. El psicoterapeuta debe encararla cotidianamente, y debe ayudar al paciente a encontrar respuestas y actitudes suficientes para que éste continúe su camino.

La muerte, como problema general atañe todos los aspectos de la existencia humana. Tratar sobre ella en el corto lapso de esta intervención, obliga a limitarse a una breve reseña comentada de algunos aspectos relevantes. El objetivo básico es el de hacer un recordatorio sobre la importancia del tema en la práctica del psicoterapeuta.

La muerte nos ronda y nos rodea cotidiana-

namente; se halla presente de múltiples maneras: mueren los hombres, las culturas, las sociedades y los sistemas; se da muerte a la naturaleza; los muertos son más numerosos que los vivos y trascienden importantemente. Sin embargo, negamos a la muerte, evitamos hablar de ella. Parecería que como al sol, a la muerte no hay como mirarla de frente, dice Cervantes.

“Entre las especies animales vivas, la humana es la única para la cual la muerte está omnipresente en el transcurso de su vida (aunque no sea más que en su fantasía); la única especie animal que rodea a la muerte de un ritual funerario complejo y cargado de simbolismos; la única especie animal que ha podido creer, y que a menudo cree todavía, en la supervivencia y renacimiento de los difuntos; en suma, la única para la cual la muerte biológica, hecho natural, se ve constantemente desbordada por la muerte como hecho cultural” (1).

Los animales, incluso los más desarrollados, por carecer de una estructura de pensamiento que les permita hacer abstracciones, generalizaciones y crear conceptos, solamente tienen una percepción del presente; no poseen la capacidad de concebir el futuro ni de hacer juicios sobre el pasado. No pueden, en base a la contemplación de la muerte de otro animal, sacar conclusiones sobre su condición mortal. La dotación instintiva y el aprendizaje pueden permitirles responder a la muerte inmediata de otros seres, percibir el peligro e incluso apreciar la inminencia de su fracaso vital y adoptar comportamientos de cierta complejidad; pero eso no significa que tengan la conciencia de su destino ni de su finitud. El animal vive al día, más que individuo, es en realidad especie.

El humano es el único ser que se sabe mortal. En este aspecto, como en todos los aspectos esenciales, la distancia entre el hombre y los animales es abismal: a pesar del estrecho parentesco biológico, el ser humano

no es un animal superior, es otro ser, es un ser histórico.

El conocimiento que el hombre posee de su mortalidad se mantiene relegado, como en un segundo plano, en los oscuros rincones de su conciencia, sin que interfiera su cotidianidad; pero irrumpe, inquietante, en momentos de crisis de su existencia. La conciencia constante de la muerte haría invivible la vida, tal como sucede en ciertos trastornos psicopatológicos.

La muerte llegará irremediablemente, se producirá en cualquier momento. ¿Cuántas cosas que hacemos, sin saberlo son las últimas?. Borges lo expresa así: “La muerte (o su alusión) hace preciosos y patéticos a los hombres. Estos conmueven por su condición de fantasmas; cada acto que ejecutan puede ser el último; no hay rostro que no esté por desdibujarse como el rostro de un sueño. Todo, entre los mortales, tiene el valor de lo irrecuperable y de lo azaroso” (2). En otro instante de su obra comenta: “. . . entre el alba y la noche hay un abismo de agonías, de luces, de cuidados; el rostro que se mira en los gastados espejos de la noche no es el mismo”. (3). Contemplada así la existencia humana, en su fragilidad y finitud, en su precariedad, en el cotidiano fluir de la muerte en la vida, el hombre se ve amenazado por una angustiosa perspectiva que coloca en predicamento todo lo que de valioso tiene su vida, creando un sentimiento de absurdidad. Lo dice Miguel de Unamuno:

“Grito de las entrañas del alma ha arrancado a los poetas de los tiempos toda esta tremenda visión del fluir de las olas de la vida, desde el sueño de una sombra de Píndaro, hasta en la vida es sueño, de Calderón y el estamos hechos de la madera de los sueños, de Shakespeare, sentencia esta última aún más trágica que la del castellano, pues mientras en aquella sólo se declara sueño a nuestra vida, más no a nosotros, los soñado-

res de ella, el inglés nos hace también a nosotros, sueño que sueña" (4).

Muchos autores han planteado la problemática de la vida en tales dimensiones: "Cuando Heidegger, por ejemplo, define al hombre como un *-ser-para-morir*, no se limita a afirmar un simple hecho biológico, sino que se propone afirmar la absoluta vanidad de todas nuestras empresas". . .

"El destino nos convierte a todos en condenados a muerte", dice Camus en *El Extranjero*; y en *El Mito de Sísifo* comenta: "a causa de la muerte, la existencia humana carece de todo sentido. Todos los crímenes que pudieran cometer los hombres nada son si se comparan con el crimen fundamental de la muerte". Y Malreaux, en *La Condición Humana* dice: "Imagínense un gran número de hombres encadenados y todos condenados a muerte, y cada día unos fueran degollados en presencia de los demás; los que quedaran verían su propia condición en la de sus semejantes. . . tal la imagen de la condición humana" (5). El concepto de la muerte como suceso existencial ". . . implica la posibilidad siempre presente a la vida humana y de tal naturaleza que determina sus características fundamentales" (6).

En una caverna de Shanidar (Irak) se realiza una serie de cuidadosos y esmerados entierros. Uno de ellos es el de un adulto, viejo para su tiempo ya que tiene 40 años; portador de varias minusvalías físicas serias, que debieron ser graves limitantes a lo largo de su vida; persona que, sin embargo recibe un respetuoso homenaje póstumo de sus contemporáneos. Otro cadáver ha sido enterrado en un lecho de flores traídas de fuera del lugar para la ofrenda. Y así, en esa cueva se hallan otras inhumaciones dedicadas y respetuosas: Esto ocurre hace 60.000 años, y quienes realizan el entierro de sus muertos con tal veneración, son miembros de una horda de hombres de Neanderthal. Esta práctica muestra sus inquietudes metafísicas y su

preocupación por la muerte y por el destino posterior. Desde entonces, y quizá desde antes, ya estaba presente esta relación existencial del hombre con la muerte.

1. La Inmortalidad

Una antigua fantasía de los hombres, en su afán de escapar a la muerte, ha sido la de la inmortalidad. Tanto ha soñado y buscado, en todos los tiempos, el modo mágico de perennizar su existencia.

Alargada indefinidamente la duración de la vida, el hombre tendría, desenfadamente y sin apremio, a disposición suya todo el tiempo del mundo; tranquilo y sin el acoso de su finitud, sin estar atezado por plazos, podría desplegar todos los planes y proyectos, lograr todas las experiencias y descansar todo el tiempo que quisiera. ¿Esta holgura permitiría su realización, le daría felicidad y plenitud?

Simone de Beauvoir plantea el problema de la inmortalidad en su novela. Todos los Hombres son Mortales. En ella relata sobre la larga vida, que dura ochocientos años ya, de Raymond Fosca, que en su tiempo inicial fue príncipe de Carmona. Fosca es inmortal merced a un elixir que bebió con ese objeto. Después de fallidos esfuerzos por llevar adelante proyectos de gobierno que darían felicidad a su pueblo, se empeñó en muchas empresas, vivió muchos desarraigos, y su erranza lo llevó a muchas latitudes y muchas épocas. Sus afanes no fueron coincidentes con los intereses y proyectos de los hombres efímeros. Su generación muere, sus descendientes mueren, sus relaciones con la gente se empobrecen cada vez más. Le invade el hastío y el desinterés. Para pasar la vida duerme un largo período. Nada tiene novedad. Está atrapado en una vida sin fin, en su ansiada inmortalidad. Si nuestra vida es intensa y dramática es porque somos mortales, porque de esta manera estamos contra el tiempo. "Al quebrantar nuestro porvenir, la

muerte nos enseña a dar al presente el valor plenario y absoluto" (Lavallo).

En la novela de Charles Maturín, *Melmoth el Errabundo*, el autor plantea la posible realidad de la inmortalidad de un modo semejante a como lo hace la *Beauvoir*: la inmortalidad como un fardo agotador y hastiante, frenador de la motivación del hombre; que obliga al siniestro personaje a buscar la muerte, traspasando a otro el fatal destino de su inmortalidad.

La sobrevivencia del espíritu después de la muerte constituye una concepción básica de las religiones; concepción predominante en la historia del hombre (7). Como señala Toynbee: "Una abrumadora mayoría de la humanidad, en todo tiempo y lugar, desde que nuestros ancestros despertaron a la conciencia, ha sostenido que la personalidad del ser humano no es aniquilada por la muerte" (8). Existen diversas convicciones respecto a la sobrevivencia del espíritu: "Puede creerse que la personalidad sobrevive a la muerte, descarnada. Puede creerse que sobrevive automáticamente, bajo una lángida forma física, en el reino de Hades o Seol. Otra alternativa consiste en creer que la sobrevivencia de la personalidad se puede garantizar artificialmente, por medios materiales (tumbas, momificaciones, estatuas, ofrendas mortuorias) o no materiales (ritos y conjuros), o mediante una combinación de ambos expedientes. También existe la creencia en una resurrección física integral, o una serie de resurrecciones físicas, en una fecha futura y tras un período de supervivencia incorpórea. El Zoroastrismo creía que la resurrección del cuerpo ha de abarcar a todos los seres humanos simultáneamente y en una ignorada fecha futura, y tal creencia fue adoptada por judíos, cristianos y musulmanes. Los hinduistas y los budistas creen haberse reencarnado muchas veces en el pasado y suponen que lo mismo puede suceder infinidad de veces en el futuro" (9). La concepción de la transmigración de las

almas (creencia poco difundida en occidente) plantea la posibilidad de que el espíritu se traslade de un cuerpo a otro, sea éste humano, animal o vegetal. Nuestra vida individual, según esas opiniones, depende del comportamiento tenido en otra vida anterior, y así, en el pasado, hasta el infinito: habríamos vivido tantas vidas, siendo una el resultado de la otra.

En nuestra cultura, la creencia más difundida es la de la sobrevivencia del alma, con la persistencia de nuestro ser individual. "A casi todo el mundo, para el común de la gente -dice William James, con cierto acento burlón- Dios es el productor de la inmortalidad, entendida personalmente" (10).

La convicción respecto a la inmortalidad y la existencia de otra vida, que fue "abrumadoramente mayoritaria" en el pasado, rápidamente pierde credibilidad en el occidente moderno y desarrollado. Un estudio estadístico realizado por Thomas así lo confirma (11).

Toynbee también señala este hecho: "En el occidente de la era moderna, y particularmente a partir de los últimos espectaculares progresos de las ciencias naturales, la convicción de que la muerte conlleva la extinción de la personalidad ha ganado cada vez más terreno, y par passu, el horror ante la muerte y la negación a afrontar el hecho inevitable de la muerte, se ha convertido en la reacción característica del hombre de occidente de hoy" (...). "... en el mundo occidental la incredulidad era excepcional hasta la segunda mitad del siglo XIX de la Era Cristiana. Hasta esa fecha, la mayoría de los occidentales aún creían en la resurrección de los cuerpos y la vida eterna" (12).

La convicción respecto a la inmortalidad y la existencia de otra vida, no siempre protege del temor a la muerte. La aprensión puede acentuarse por el miedo a la sanción ultramundana que podrían merecer las con-

Francia G. Bretaña Alemania Occ Países Suiza Suecia. Noruega USA
Bajos

	o/o								
No cree en vida después de muerte	53	35	45	35	41	47	25	19	
No cree en la reencarnación	62	52	54	55	—	72	57	64	
No cree en el paraíso	52	27	42	31	41	42	20	11	

ductas tenidas en la vida terrena, tal como sostienen algunas religiones. Pero de todos modos, estas certezas sobre la inmortalidad son fuentes de tranquilidad y consuelo para el creyente; lo eximen, en cierto grado de algunas inquietudes existenciales que la condición humana plantea a los que tienen la certeza de que la muerte es total y definitiva.

2. La muerte: Un suceso natural

La muerte es parte esencial de los procesos de la vida. En la naturaleza, las etapas de existencia de los individuos están supeditadas a la perpetuación de la especie; vida y muerte advienen en dependencia de las necesidades de ésta: la especie es la perdurable, el individuo es transitorio; muere cuando deja de ser útil a la conservación y reproducción del grupo y su materia orgánica se incorpora al mantenimiento de la vida de otras especies, integrando el ciclo de vida total de la naturaleza. En el caso del hombre, su condición de ser consciente y creador le permite escapar parcialmente a ese fatalismo biológico; pero sigue siendo, irremediamente, un ser finito.

La muerte es un hecho de naturaleza biológica, comprobable por medio de procedimientos apropiados y establecidos. Tradicionalmente el paro respiratorio y el paro car-

díaco han sido los signos que señalan el fenómeno (muerte funcional). Los avances de la medicina y la capacidad técnica de "resucitación" actuales, imponen otros parámetros: por ahora, la muerte cerebral expresada en la ausencia de registro electroencefalográfico es el dato cierto de la muerte del hombre. Dato que será revisado en el futuro, ya que como señala J. Bernal:

"Si un día los datos que hoy se poseen para los seres inferiores pueden transponerse al hombre; si las llamadas sustancias estimulinas son capaces de transformar células conjuntas indiferenciadas, en células cerebrales; si estas células pueden repoblar el cerebro deshabitado, entonces el electroencefalograma se animará de nuevo, y con él las funciones del cerebro, la vida. Entonces, las academias, las comisiones, los expertos, los legisladores y ministros, tendrán que proponer una nueva definición de la muerte" (13).

El paso de la vida a la muerte no se da en un instante, se trata de un proceso. Se produce primero una muerte funcional, que se propaga luego a todos los tejidos (muerte de los tejidos). La duración de los trastornos en estas dos etapas depende de la participación médica en cada caso. Entre la muerte fisiológica y la muerte de los tejidos se puede apreciar una serie de fases (Thomas): muerte apa-

rente, muerte relativa, muerte absoluta (esta última en la que se han acumulado alteraciones corporales que hacen irreversible el proceso. Las modernas técnicas médicas pueden imponer a estos procesos una serie de variantes en el tiempo.

Los adelantos científico-técnicos en el campo de la salud, que en la actualidad y cada vez más, permiten mantener una supervivencia artificial prolongada, merced a equipos y técnicas muy sofisticadas, establecen un espacio de polémica sobre la conservación de la vida en condiciones críticas y degradadas, indignas. Estos hechos permiten que Hamburger pregunte con ironía: "Un hombre decapitado, al que se la mantuviera artificialmente, como es posible, la supervivencia del corazón, de los pulmones y de los riñones, ¿sería un hombre muerto?"

Un continuo aumento de la duración media de la vida ha caracterizado al progreso de la medicina, la higiene y la nutrición. La mortalidad de los hombres prehistóricos era temprana: a los 25 eran ya viejos, como informa la arqueología. En la Grecia de comienzos de la edad de hierro y la edad de bronce, el promedio de vida alcanzaba los 18 años, según Angel. En la Roma de comienzos de la Era Cristiana, el promedio era de 22 (Pearson). En la Inglaterra de la Edad Media, alcanzaba los 33 años (Russell). En los Estados Unidos del año 1900, era de 49.2 años (Glover). En Suecia de 1965, el promedio de vida alcanzaba los 73.6 años (14). Ganchamps señala que entre 1900 y 1987, la esperanza de vida para un recién nacido suizo ha pasado de 49 a 73 años, y para una niña suiza, de 51 a 80 años.

Este afán continuará sin duda: prolongar la vida seguirá siendo una consigna muy importante; pero siempre habrá un límite y la muerte llegará sin remedio (15). Creo que tiene sentido dilatar la duración de la vida de los hombres, siem-

pre que no se dilate su desasociado y su desamparo. Séneca decía: "No es cuestión de agregar años a la vida, sino vida a los años".

3. La experiencia de la muerte

La experiencia de la muerte sólo puede ser indirecta, ya que rebasaba la frontera no habrá testigo que informe de esa vivencia. Los estados clínicos de gravedad, en que la persona está en trance de muerte, se hallan acompañados, con la mayor frecuencia, de trastornos del sensorio. En los estados de coma, en los que se apaga la vida de relación, hay un paréntesis mnésico del lapso (sin percepción no hay fijación ni evocación posterior). Los aparentes recuerdos de la agonía corresponden, si es que existen, a estados de percepción tenidos en condiciones de alteración de la conciencia, en los cuales, de todos modos, la vivencia está contaminada por una engañosa y distorsionada mezcla de realidad y onirismo (16).

Sin duda que es posible vivir parte del trayecto, pero no la totalidad de recorrido del proceso de la muerte. Resulta imposible comunicar la propia muerte ya que "la conciencia sucumbe antes que el punto muerto biológico"

Con frecuencia el moribundo ignora lo que pasa. Simone de Beauvoir al describir la agonía y muerte de su madre dice: "Ella estaba allí, presente, consciente, pero ignorado por completo el trance que estaba viviendo. Es normal no saber que pasa dentro de nuestro cuerpo; pero ahora también el exterior de su cuerpo se le escapaba: su vientre herido, su fístula, las secreciones que ésta despedía, el color azul de su epidermis, el líquido que supuraba de sus poros; y ni siquiera podía explorarlo con sus manos casi paralizadas (. . .) Tampoco pidió un espejo:

su rostro de moribunda no existió para ella. Descansaba y soñaba, a una distancia infinita de su carne que se corrumpía, los oídos llenos del ruido de nuestras mentiras y toda ella concentrada en una esperanza apasionada: curarse". En esa obra, la autora también escribe: "Mi muerte recién detiene mi vida una vez que he muerto y para la mirada del otro. Para mí, viviente, mi muerte no existe; mi proyecto la atraviesa sin encontrar obstáculos. No hay ninguna barrera contra la que venga a chocar mi trascendencia en pleno impulso; ella muere de sí misma, como el mar que viene a golpear en una playa lisa, y se detiene, y no va más lejos" (17).

El morir y el estado inmediatamente anterior a él, que es la agonía, están determinados en sus manifestaciones por dos clases de factores: Las causas de la muerte (factor etiológico-tanatogénético) y la personalidad (factor tanato-plástico), según Engelmeir. En los casos en que el trastorno de la actividad cerebral es importante, el morir está marcado por el principio tanatogénético; en los que esta actividad cerebral está respetada, la personalidad y las circunstancias son las que marcan el modo de morir. "No cabe duda que el "como" del morir está codeterminado de un modo decisivo por la personalidad del enfermo, la cual le marca con su sello" (. . .) "existen tantas clases de agonías como individuos y la muerte es, simultáneamente, un acontecimiento tanto de orden general como individualismo" (Bühler) (18).

Cabe anotar un curioso hecho que ha sido señalado por los clínicos: la mejoría y hasta la completa desaparición de las manifestaciones psicóticas en los días anteriores a la muerte de pacientes mentales crónicos; tal como le sucedió a Don Quijote, que rescató el buen juicio y la razón en momentos de su agonía (parecería que Cervantes estaba enterado de este fenómeno terminal). También se han reportado casos de superación de psicopatología crónica y grave, después

de experiencias vitales de altísimo riesgo en enfermos psiquiátricos.

A pesar de que como hecho intelectual la condición de finitud del hombre es aceptada, la muerte no parece natural. Cuando se trata de la muerte de los otros, ajenos y distantes, la apreciamos como un hecho natural, sin que tenga mayor resonancia en nosotros, y hasta con fría indiferencia. Cuando se trata de la muerte de personas muy cercanas a nosotros o, peor aún, de la posibilidad de nuestra muerte, nos parece una catástrofe, inadmisible e injusta, increíble. A la mayoría de los hombres les cuesta admitir su propia muerte. Goethe dice: "La muerte es una cosa tan extraña que a pesar de la experiencia que de ella tenemos, no la consideramos posible cuando se trata de alguien a quién queremos; siempre sobreviene como algo increíble y paradójico".

¿Podemos realmente representarnos nuestra propia muerte?. "Jean-Paul Sartre comenta Igor Caruso advirtió agudamente que la muerte en la conciencia humana habitualmente "afecta al otro"; la conciencia no está en condiciones de elaborar la amenaza personal de la muerte (ahora me toca a mí la muerte)".

"Nuestra actitud ante la muerte dice Freud: no era sincera. Nos pretendíamos dispuestos a sostener que la muerte era el desenlace natural de toda vida, que cada uno de nosotros era deudor de una muerte a la naturaleza y debía hallarse preparado a pagar tal deuda y que la muerte era cosa natural, indiscutible e inevitable. Pero, en realidad, solíamos conducirnos como si fuera de otro modo. Mostrábamos una patente inclinación a prescindir de la muerte, a eliminarla de la vida. Hemos intentado silenciarla e incluso decimos, con frase proverbial, que pensamos tan poco en una cosa como la muerte. Como en nuestra muerte naturalmente. La muerte propia es, desde luego,

inimaginable, y cuantas veces lo intentamos podemos observar que continuamos siendo en ella meros espectadores. Así, la escuela psicoanalítica, ha podido arriesgar el acerto de que, en el fondo, nadie cree en su propia muerte, o, lo que es lo mismo, que en el inconsciente todos nosotros estamos convencidos de nuestra inmortalidad" (19).

En su obra *Del Sentimiento Trágico de la Vida*, Miguel de Unamuno dice: "Imposible nos es concebirnos como no existentes, sin que haya esfuerzo alguno que baste a que la conciencia se de cuenta de la absoluta inconciencia, de su propio anonadamiento. Intenta, lector, imaginarte en plena vela cuál sea el estado de tu alma en el profundo sueño; trata de llenar tu conciencia con la representación de la no conciencia, y lo verás. Causa congojosísimo vértigo el empeñarse en comprenderlo. No podemos concebirnos como no existiendo" (20).

4. El temor a la Muerte

Hay casos en los que el sujeto, atezado por los hechos de la realidad se sabe sometido a un proceso de muerte cercana.

Una magnífica descripción de la progresiva conciencia de la muerte, con una creciente participación de la angustia hasta el pánico, la hace León Tolstói en su relato *La Muerte de Iván Ilich*. La obra narra la agonía y la muerte de un funcionario de la burocracia zarista. En ella se refiere el progresivo descubrimiento de la enfermedad, que al agravarse cada vez más, despierta en el personaje la dramática certeza de que se está muriendo. Iván Ilich va descubriendo "la llegada de la muerte en forma de sus varias caras; descubrimiento que siembra en su mente una serie de contradictorios y cambiantes pensamientos y emociones: rechazo, resentimiento, incredulidad, resignación, impotencia, y el constante retorno del insoportable miedo a desaparecer definitiva y eternamente; y sobre todo, el hecho de la gran soledad: él está muriendo su muerte solo, los que lo ro-

dean jamás podrán vivenciar la crueldad de su drama.

En la obra de Eugene Ionesco, *El Rey se Muere*, se muestra magistralmente esa angustia de la muerte. El Rey quem mientras no se trataba de la suya, contemplaba la muerte con naturalidad y tranquilamente sentenciaba: "todos los hombres son mortales", al enterarse de la cercanía de su fin, desesperadamente y con desgarradora impotencia clama la ayuda de los muertos que ya atravesaron la dramática frontera, clama la ayuda de la naturaleza, del sol, en una brillante muestra de miedo e inútil rebeldía.

El miedo a la muerte es un hecho universal y general, "es uno de los estados fundamentales de la sensibilidad humana" (Spinoza).

Patentizando ese temor, dice Miguel de Unamuno: "No quiero morirme, no; no quiero ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí, y por eso me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia. Yo soy el centro de mi universo, el centro del Universo, y en mi angustia suprema grito con Michelet "¡ Mi yo, que me arrebatan mi yo! (. . .) Tiemblo ante la idea de tener que desgarrarme de mi carne; tiemblo más aún ante la idea de tener que desgarrarme de todo lo sensible y material, de toda sustancia" (21). Todos los hombres, en mayor o menor grado, tienen miedo a la muerte; temor que es un fenómeno normal mientras no se torne obsesivo o demasiado intenso e interfiera el vivir.

El temor a la muerte puede ubicarse en tres dimensiones (Thomas): el miedo a morir, el miedo a lo que sucederá después de la muerte y el miedo a los muertos.

Aunque la posibilidad de la muerte siempre amedrenta, hay algunas formas de morir cuya representación atemoriza más: hay

muertes dolorosas, atormentadoras, que avanzan palmo a palmo, degradando; malas muertes, de las cuales la producida por el cáncer resulta ser la representativa por excelencia. El dolor insoportable, los espasmos de la agonía, la soledad de los instantes finales, constituyen imágenes que acrecentan el temor. Montaigne decía: "No temo a la muerte, lo que temo es morir", haciendo referencia al modo de terminar, al modo de agonía. De allí que la muerte súbita y tranquila sea la representación de la buena muerte.

El hombre teme la posibilidad de morir en soledad y abandono, especialmente en la vejez; temor muy fundado ya que el anciano vive cada vez más solitario, privado de la plataforma familiar tradicional. "¿en qué condiciones de descomposición estará mi cadáver cuando lo encuentran?", es una pregunta que muchos ancianos abandonados se hacen con azoramiento. Muy representativo de la dimensión de esta desolación es el dato estadístico que señala Thomas: En Francia, el 10 o/o de los adultos ignoran si sus padres viven todavía (22).

Hay otros temores, como el temor altruista a morir y dejar desprotegidos y abandonados a seres queridos, en especial a los niños pequeños.

El temor a morir parcialmente, desgajado del cuerpo o de la mente, es otra fuente importante de angustia. Poblarse de vacíos, ¡ya no ser yo!, estar definitivamente ausente mientras el que fue mi cuerpo continúe una absurda, inútil e indigna persistencia, seguramente constituye el más trágico de los finales de un hombre. Es éste el temor que justificadamente atormentó a Jonathan Swift: le asustaba comenzar a morir como ciertos árboles, por la copa.

También son objeto de temor los sucesos posteriores a la muerte: La condición de cadáver, con el ineluctable proceso de descom-

posición y corrupción del cuerpo.

Temor a la inmensa soledad en que transcurrirá su eternidad, como si bajo la tierra se continuara siendo y sintiendo.

Miedo al comportamiento que tendrán los otros a raíz de su muerte: el olvido, el reparto patrimonial, las nuevas relaciones de los que quedan que nos borrarán de sus vidas, etc.

La obsesión de la nada, del vacío, de lo definitivo de esa condición. La incertidumbre, en los creyentes, respecto a los sucesos del "más allá" y al aparente juicio que sancionará sus conductas. En relación a esto, Thomas dice: "El papel de las creencias religiosas es particularmente ambivalente: En un sentido reduce el miedo, al suprimir la idea de la anulación total; pero puede aumentarlo respecto a la incertidumbre de su futuro en el más allá, salvo por supuesto en aquel que ha seguido permanentemente apegado a la letra y al espíritu de los dogmas y mandamientos" (23).

El miedo a los muertos es un miedo ancestral, vinculado a factores creenciales. Los muertos más temidos son aquellos que fallecieron de malas muertes o llevaron malas vidas: suicidas, asesinados, accidentados, asesinos.

La amenaza del fin del mundo también constituye una fuente de temor a la muerte. Calamidades, cataclismos, catástrofes, sucesos importantes y fechas especiales, actualizan el antiquísimo temor al fin del mundo. La angustia cósmica (Logre) se ha presentado en todas las épocas, con frecuencia como verdaderos brotes colectivos de pánico. Este es un temor que ha sido manipulado ideológicamente a lo largo de la historia. Tal manejo lo practica, en la actualidad todavía, una serie de sectas religiosas como la de los Testigos de Jehová. Esta secta vaticina periódicamente la perusia y la llegada apocalíptica del Juicio Final; proclamas que continúan produciéndose a pesar de los fracasos ante-

riores (el último anuncio de Juicio Final que hizo oficialmente la secta de Testigos de Jehová fue para 1985, fecha en la que, indiferente al pronóstico, el planeta siguió su imperturbable rumbo).

En las diversas épocas los poetas han cantado a esa inquietante posibilidad. Lucrecio, el epicúreo, describió varias veces el posible cataclismo terminal. Anatole France, más recientemente, lo hace de modo brillante y patético (versión, la suya, más realista que la del evangelista Juan):

“hubo un tiempo en el que nuestro planeta no convenía al hombre: era demasiado cálido y demasiado húmedo. Vendrá un tiempo en el que no le convendrá más: será demasiado frío y seco. . . Los últimos hombres serán tan pobres y estúpidos como los primeros. Habrán olvidado las artes y todas las ciencias. Se extinguirán miserablemente en cavernas, al borde de glaciares que moverán sus transparentes bloques sobre las borradas ruinas de las ciudades donde hoy se piensa, se sufre y se espera. . . Estos últimos hombres, desesperados sin siquiera saberlo, no conocerán nada de nosotros, nada de nuestro genio, nada de nuestro amor, y sin embargo serán nuestros niños recién nacidos y la sangre de nuestra sangre. Mujeres, niños, ancianos, entumecidos, entremezclados, verán tristemente, por las hendiduras de sus cavernas, subir lentamente sobre sus cabezas un sol oscuro donde, como por una antorcha que se apaga, correrán relámpagos salvajes; en tanto que una nieve, resplandeciente de estrellas, brillará durante todo el día, a través del aire glacial. Un día, el último hombre exhalará, sin odio y sin amor, bajo el cielo enemigo, el último soplo humano.

Y la tierra seguirá girando, llevando a través de los espacios silenciosos las cenizas de la humanidad, los poemas de Homero y los augustos despojos de los mármoles griegos sobre sus flancos helados. Y ningún pensamiento se lanzará hacia el infinito, desde el seno de ese globo donde el alma se atrevió a tanto. . .” (24).

El miedo patológico a la muerte está caracterizado por mayor intensidad y/o mayor persistencia. Se manifiesta, con frecuencia, como fenómenos obsesivos y fóbicos. Los clínicos están familiarizados con las crisis agudas de pánico y sus secuelas: cuadro psicopatológico cuya fenomenología puede ayudar a la comprensión de los temores a la muerte. Las crisis, que aparecen repentinamente, engendran la dramática vivencia de un inminente y grave fracaso vital o psíquico (muerte o enajenación), que deja, en la mayoría de casos, una alarma espectante que acosa y puede inutilizar la vida del hombre.

5. La muerte del otro

Cotidianamente somos testigos de la realidad de la muerte de los otros. Cuando se trata de personas ajenas y distantes, incluso cuando las muertes son numerosas, éstas no trascienden como experiencia personal ni tienen resonancia emocional importante y duradera.

Cuando el que muere es cercano y cuando participamos en el drama de esa agonía, “la muerte asume un cuerpo y un rostro, se encarna en la carne de un cadáver” y constituye una vivencia estremecedora; vivencia más dolorosa cuanto mayor haya sido la presencia y significación del otro en mi existencia. La muerte del ser amado me atañe entrañablemente, me golpea directamente, genera un doloroso vacío de esa ausencia en mí, cancela un mundo de relaciones, me deja incompleto y me muestra el tremendo significado de lo definitivo y lo eterno. La muerte del otro es también en parte mi muerte, me recuerda mi muerte.

Escribe Anne Philip (“Le Temp d’un Soupir”) en relación a la muerte de su esposo:

“Lo monstruoso es que tu debías morir. Yo iba a quedarme sola. Nunca había pensado en ello. La soledad, no ver, no ser visto (...) Tu eras mi más hermoso hazo en la vida. Y te has convertido en mi conocimiento de la muerte (...) ahora la muerte me preocupa

(...) ahora sé lo que es un cementerio (...) Tu estás acá, estás allá abajo, en la nada helada (...) Llevo el caos en la mente, el pánico en el cuerpo, "nos" miro en un pasado que no puedo situar" (25).

Miedo, rebeldía ante lo inevitable, autoreproches, sentimientos de impotencia, conciencia de la irreversibilidad del tiempo, recuerdos del pasado común, idealización del ausente, reproches por el abandono, son estados e imágenes que se alternan o agolpan en breves oleadas y de modo ambivalente.

San Agustín, en sus Confesiones, relata la experiencia de un amigo querido: "¡Con qué dolor se estremeció mi corazón!. Cuanto miraba era muerte para mí (...) Maravillábame que viviesen los demás mortales por haber muerto aquel a quien yo había amado, como si nunca hubiera de morir; y más me maravillaba aún de que, habiendo muerto él, viviera yo, que era otro él" (26).

La aceptación es la sana respuesta a la muerte de la persona querida; pero se trata de un proceso, de un "trabajo de duelo" (Laplanche). El trabajo de duelo tiene una fase inicial que se manifiesta por subintrantes estados de angustia de grado variable, que alternan con lapsos de desfallecimiento y quietud. La resignación, sentida como la inmensa presencia de una fatalidad que abate, se sucede con la incredulidad. Se llora, se dialoga con la muerte.

Una segunda fase del duelo, de tipo depresivo, dolorosamente centrada en la persona muerta, con la afluencia de hostilidades, culpas, reminiscencias, fantasías de irrealidad. Se fluctúa entre la negativa a olvidar y la búsqueda de hacerlo para encontrar la paz. Se convocan y rechazan recuerdos. Asaltan representaciones de la condición del muerto, de la infinita ausencia, etc. Progresivamente se produce una interiorización del objeto perdido, instalándolo en nosotros para su supervivencia. Inexorablemente la pérdida se

va imponiendo. La presencia-ausencia de la persona muerta cohesionan los vínculos entre los seres afectados por la pérdida.

La fase siguiente del duelo es la de adaptación, de retomar los hechos de realidad, cambiar el panorama y crear nuevas razones de vivir, nuevos intereses; quedando una relación nostálgica con el muerto.

Al terminar el trabajo de duelo producirse una etapa de expansión y de exaltación vital, que en algunos casos alcanza niveles de hipomanía (síndrome de Viuda Alegre).

El grado de simbiosis tenido con el ausente, las pérdidas y desarraigos habidos en la historia personal del que queda, sus actuales circunstancias y sus posibilidades futuras, modelan la reacción de duelo.

Las manifestaciones del proceso de duelo, intensificadas, prolongadas o distorsionadas, constituyen el duelo patológico. Para que ellas se manifiesten, es necesaria la existencia anterior de condiciones de desarmonía de la vida psíquica o nuevas circunstancias anómalas o dramáticas. Negación de la realidad, falta de aflicción, trastornos afectivos en dimensión patológica, fenómenos obsesivos o fóbicos, alteraciones psicomáticas, constituyen las manifestaciones clínicas del duelo patológico.

6. Mi muerte en el otro

Mi muerte en el otro hace referencia a la ruptura amorosa en la que, sin que se haya dado la muerte biológica de ninguno de los amantes, se produce la separación definitiva. El sujeto, amputado, deja de vivir en la persona amada: ya no significa, no trasciende, está muerto en la vida del otro.

Morir en un espacio tan esencial como el de la conciencia del ser amado, y seguir vivo, es una de las experiencias más dolorosas y desoladoras que puede tener un hombre. "Mientras yo aún vivo en mi cuerpo, soy un cadá-

ver en el otro, en el ser que me amó y yo amé". Experiencia en muchas ocasiones más importante que la muerte biológica:

A veces el sujeto preferiría su propia muerte antes que soportar tal pérdida; casi siempre preferiría la muerte física del otro a la pérdida: parecería menos duro llorar la muerte del amante, que llorar la propia muerte en el amante.

"Nunca más dormiré al calor de un cuerpo ¡Nunca más: que hielo! Cuando esta evidencia me atrapó, vacilé en la muerte. La nada siempre me había espantado; pero hasta este momento moría día tras día sin cuidarme de ello; súbitamente, de golpe, todo un pedazo de mí misma desaparecía; era brutal como una mutilación inexplicable, pues no me había pasado nada" (27).

"El problema de la separación -dice Igor Caruso- es el problema de la muerte entre los vivos. La separación es la irrupción de la muerte en la conciencia humana -no en forma "figurada", sino de manera concreta y literal. La separación puede convertirse en un escándalo superior al producido por la muerte física, porque -para salvaguardar la supervivencia- da muerte a la conciencia de un viviente en un viviente" (28).

Considerando que el objeto amoroso es fuente de identificación y de afianzamiento de la propia imagen, la pérdida constituye una catástrofe del yo y una importante quiebra del Self. En estas condiciones el sujeto tendrá que realizar su trabajo de duelo; que será lento y riguroso debido a los sentimientos de incompletud, inseguridad y perplejidad (un atributo de lo diabólico es la irrealidad, dice Borges). El trabajo de duelo es un proceso de reestructuración de la propia imagen, que requiere lograr la muerte del otro en la propia conciencia: trabajo arduo y doloroso por la necesidad de hondas reconstrucciones internas.

7. La muerte de si mismo: el suicidio

"Cada noventa segundos un ser humano pone fin a su vida en alguna parte del mundo".

¿Cómo se llega a la resolución final, a la dramática renuncia de la vida?

¿Qué factores y circunstancias participan en ese proceso?

¿Cómo se arriba a la conclusión de que la vida, que era el mayor de los bienes, no vale la pena ser vivida?

¿Qué discusiones internas, amargas y solitarias, qué certezas e incertidumbres lo llevan a esa renuncia total y definitiva?

Cuando la balanza se ha inclinado por la muerte ¿qué cambios se han producido?

¿Qué otra persona es, ahora que su destino está trazado, ahora que se ha colocado en el umbral y es un ser aparte, un desterrado?

¿Cómo es ese nuevo mundo de transición?. Sentenciado que sentencia a los otros, se alista para la ejecución. Dice Camus: "Un acto como éste se prepara en el silencio del corazón, lo mismo que una gran obra. El hombre mismo lo ignora (...) El gusano se halla en el corazón del hombre y hay que buscarlo en él. Este juego mortal, que lleva de la lucidez frente a la existencia de la evasión fuera de la luz, es algo que debe investigarse y comprenderse" (29). En otra parte de *El Mito de Sísifo*, Camus agrega..." en un universo privado repentinamente de ilusiones y de luces, el hombre se siente extraño. Es un exilio sin remedio, pues está privado de los recuerdos de una patria perdida o de una esperanza de la tierra prometida. Tal divorcio entre el hombre y su vida, entre el actor y su decoración, es propiamente el sentimiento de lo absurdo".

¿Cómo transcurre el lapso entre la renuncia y el acto de ejecución?. El solitario acto de propia destrucción constituye el hecho más dramático perpetrado por el hombre: este cuerpo, que fue cuidado y protegido todos los días, todos los años, será dañado por pro-

pia manó, hasta suspender la vida, en una cruenta decisión de retornar a la nada. ¿Qué lucha interna se dará entre el empeño destructivo y el natural rechazo del cuerpo a la aniquilación, qué sorda y solitaria lucha entre la vida y la muerte?. ¿Qué discurre en la mente durante la preparación y la perpetración; qué temores y dudas, qué últimos pensamientos, qué evocaciones?

“La lógica del suicidio -dice Alvarez- es semejante a la lógica sin réplica de una pesadilla o como las fantasías de la ciencia ficción que se proyectan bruscamente en otra dirección; todo es posible y sigue estrictamente sus reglas propias, pero al mismo tiempo, todo es diferente, falseado, invertido.

Cuando un hombre ha decidido poner fin a sus días, penetra en un mundo cerrado, inexpugnable, pero enteramente convincente, donde cada detalle se ajusta y cada incidente viene a reforzar su decisión... El mundo del suicida es supersticioso y pleno de presagios” (30).

Este ser, frágil en su finitud y en su circunstancialidad, se torna de repente temerario juez de la vida y la muerte, y decide su destino. La conducta suicida es un acto psicológicamente total, con finalidad diversas. No toda muerte elegida obedece a las mismas determinaciones ni tiene el mismo sentido social, y la tendencia destructiva es de variado grado. Sin embargo, incluso en los casos en que la conducta suicida es el resultado de un acto impulsivo, se trata de un proceso: el sujeto arriba a su condición de suicida (“se es suicida mucho antes de cometer suicidio”, sentencia Menninger).

Se ha abierto la puerta de salida y el camino está expedido. Se ha creado una nueva condición en la que la ejecución del acto podrá ser desencadenada por un asunto baladí.

El comportamiento suicida encierra en sí, con mucha frecuencia, un clamoroso pedido

de ayuda; pero el acto muestra también el fracaso de la comunicación. Siempre los otros están pesentes, como los otros actores en el drama: el suicidio es una conducta destinada a los otros.

El otro o los otros, que se hallan involucrados o son destinatarios del acto, siempre pagarán un doloroso tributo. Cuántas responsabilidades y culpas, reales o fantaseadas, engendrará el suceso en los otros; cuántos temores y cuantas obsesiones; y también el ejemplo. La vergüenza está presnete ya que es un hecho afrentador. “Un solo suicidio puede oscurecer a más de una generación”, dice Shneidman.

La muerte voluntaria, en su actitud todo cuestionadora de los valores de la vida, constituye una agresión que engendra malestar en los otros: todos los valores y significaciones, todo lo importante y trascendente, es devastado en ese acto. “Morir voluntariamente supone que se ha reconocido, aunque sea instintivamente, el carácter irrisorio de esa costumbre (costumbre de vivir), la ausencia de toda razón profunda para vivir, el carácter insensato de esa agitación cotidiana y la inutilidad del sufrimiento” (31).

Los comportamientos suicidas más inexplicables, más inconsecuentes con la realidad y con la historia personal, y también los más cruentos y dramáticos, suelen presentarse en casos de alteración psicótica, como ocurre en los primeros estadios de un proceso esquizofrénico o en los trastornos afectivos periódicos (32). “El deprimido es un sujeto en peligro de muerte”, dice Ey.

En el mundo de los trastornos neuróticos, la incierta imagen de sí, la precaria relación sostenida con la realidad y la fácil presencia de la angustia, favorecen las proclamas y los ensayos de muerte. En muchos de estos casos, la tendencia autodestructiva no tiene mayor vigor ni consistencia; por lo que los resultados se traducen en fallidas tentativas

de suicidio. Son personas éstas que, atenzadas por indecisiones y temores, usan el gesto, la expresión o el acto suicida, como llamado de ayuda, con variado grado de sutileza y autenticidad. Pero, de ninguna manera el suicidio es privativo de las entidades clínicas. También existe la búsqueda de la muerte propia sin que medien alteraciones psicopatológicas. Cuando ha perdido el sentido de la vida y la existencia se torna insoportable y dolorosa, cuando no puede vivir con dignidad, el hombre contempla la posibilidad de su muerte.

Los juicios y las sanciones sociales establecidos contra el acto suicida, han variado en las distintas culturas y épocas históricas. El suicidio no era un tabú para los griegos y los romanos precristianos. El disponer con libertad de la propia vida se consideraba uno de los derechos humanos fundamentales (Toynbee). Se juzgaba que en ciertas circunstancias, el suicidio era el único recurso compatible con la conservación de la dignidad humana. Esta actitud también se observó en todas las épocas en la India y el Asia Oriental. En el Japón, especialmente cuando se hallaba en auge el código samurai, el suicidio era exaltado como un elemento de moral elevada (Ikeda).

La historia recuerda una serie de suicidios célebres que elevaron el valor de los hombres que los realizaron, ante los ojos de sus contemporáneos. El de Demócrito, por ejemplo, que se dejó morir de hambre al constatar la merma de sus capacidades intelectuales. El de Catón, que consideró indigno vivir en Roma bajo la dictadura de César.

La excesiva tendencia al sacrificio y al martirio que caracterizó a los primeros cristianos (33), fue una de las causas que determinó el que la Iglesia estableciera restricciones e impedimentos, que al correr de los siglos se volvieron extremadamente drásticos e intolerantes.

En el Concilio de Toledo del año 693 se

decretó la excomunión de los suicidas. El suicidio llegó a ser "el pecado mayor". Los excesivos juicios negativos y las durísimas sanciones marcaron por siglos la concepción del suicidio en Occidente (34). Para la Europa cristiana, "el suicida caía tan bajo como el más bajo de los criminales" -dice Alvarez. En otra parte de su obra agrega... "El terror a los suicidas dura más tiempo que el miedo a los vampiros y los brujos" (The Savage God). Thomas describe algunas prácticas de la época: "Se prevenía -dice- tratamientos especiales para los suicidas exitosos o fracasados: se les travesaba el cuerpo con un palo; se reservaba la horca para los degollados fallidos; se mutilaba el cadáver y la mano se enterraba aparte; se arrastraba el cuerpo con caballos hasta hacer desaparecer el rostro y toda señal de identificación" (35).

Esa drástica intolerancia ha cedido poco a poco. En las últimas décadas soplan vientos de tolerancia y permisión. Con apertura creciente se escuchan voces que consignan el suicidio como un derecho; tal el caso de Arnold Toynbee, el brillante historiador de este siglo, que dice: "Siento que el suicidio y la eutanasia son derechos humanos fundamentales e indispensables. Creo que la dignidad humana de un hombre es vulnerada por otros cuando éstos los mantienen con vida contra su voluntad, de acuerdo con principio en los que esos otros creen, pero en los cuales la persona interesada talvés no crea. También supongo que un ser humano vulnera su propia dignidad si no se suicida en ciertas circunstancias" (36).

En la actualidad se observa la proliferación de sociedades creadas para demandar el derecho a la libertad de disponer de la propia vida en ciertas circunstancias y tener una muerte digna (37). Sintomático de estas nuevas actitudes es el inmenso éxito de librería que constituyó en los Estados Unidos la obra *Final Exit* (Salida Final) de Derek Humphry, fundador de la Sociedad Hemlock (Cicuta) (38): obra que constituye el más completo y exhaustivo manual de suicidio. En ella se

analizan a detalle las diversas técnicas de autoeliminación; se aconseja sobre las formas más indoloras, certeras y limpias de producirse la muerte; se establece un listado de las dosis letales de drogas asequibles; se dan consejos legales para que las personas que ayudan a bien morir a otras, no tengan complicaciones penales. La obra es, además, un apasionado alegato en defensa de la elección personal de una muerte oportuna y digna.

Estos vientos de apertura y tolerancia social, coinciden con el crecimiento de frecuencia de los suicidios, hecho observado en los recientes estudios estadísticos (corresponde esto, como sostienen algunos, a una mejor detección de la conducta suicida?). En todo caso, el suicidio se halla entre las 5 y 10 primeras causas de muerte, según datos de la OMS.

Además de la repentina y cruenta manera de cancelar la vida, que es el suicidio, hay otras formas, soterradas, indirectas, a mayor plazo; constituidas por conductas que parecerían estar dirigidas a degradar, disminuir o truncar la vida, como si el sujeto trabajara al servicio de su propia destrucción. Se trata de comportamientos que Menninger conceptúa y describe como suicidios crónicos, progresivos, parciales (39).

Partidario de la concepción de la existencia de un instituto de muerte, Menninger considera que el suicidio es el triunfo de las tendencias destructivas que existen en el hombre. Cree que en aquellos casos en que los impulsos destructivos son superados y parcial pero no completamente neutralizados, se presentan ciertas formas crónicas de autodestrucción, como una suerte de suicidio "palmo a palmo".

El autor incluye en el concepto de "suicidio crónico" una serie de conductas como el alcoholismo, la drogadicción, invalidez neurótica, descuidos en lo somático, comportamientos antisociales, ascetismo, martirio, etc. Denomina "suicidio parcial" a maneras de comportamiento en las cuales la agresión provoca lesiones que incluyen automutila-

ciones, enfermedades fingidas, intervenciones quirúrgicas múltiples, accidentes, comportamientos temerarios y otros.

Entre la muerte por suicidio y la muerte por accidente hay una vaga e imprecisa frontera, que distorsiona gravemente las estadísticas de suicidio. Gran parte de los suicidios son valorados como accidentes.

Hay suicidas que se empeñan en ocultar la intencionalidad del acto: conscientes del estrago del hecho, tratan de evitar a los suyos la afrenta y el dolor, simulando acciones involuntarias. Este ocultamiento de la intención también está determinado, a veces, por el empeño del suicida en no dañar su propia imagen. Hay otros casos en que son las personas cercanas que, como manera de protección contra el estigma social y las implicaciones legales, disfrazan el acto suicida.

Pero también están los casos en que las tendencias interiores parecen rebasar la intencionalidad del sujeto. Freud, en *Psicopatología de la Vida Cotidiana*, escribe... "Muchas lesiones aparentemente accidentales que se dan en tales pacientes son, en realidad, muestras de autoagresión". También señala: ... "algunos que creen en la incidencia de una autoagresión semiintencionada (para emplear una expresión ambigua) están preparados también para asumir que, además del suicidio consciente intencionado, existe una especie de autodestrucción semiintencional (autodestrucción deseada inconscientemente) capaz de poner en peligro la vida, disfrazándose de azar".

8. La muerte que va produciéndose

La última época de la vida del hombre es época de pérdidas: laborales, sociales, biológicas, psicológicas. Pérdidas más trascendentes por lo irreversibles. En la época tardía ya no queda tiempo para comenzar, ya no quedan oportunidades; el horizonte se estrecha y ensombrece cada vez

más: se vive a corto plazo. El apagarse de la mente y del cuerpo ya se aprecia cotidianamente. En la vejez, la muerte muestra cada vez más su certeza presencia.

“La vejez me infisiona el corazón -dice Simone de Beauvoire-... siento que mis rebeldías decaen ante la inminencia de mi fin y la fatalidad de las degradaciones, y a causa de ellas mi felicidad palidece. La muerte no es ya una aventura brutal y lejana: Ahora obsesiona mi sueño; despierta, soy una sombra entre el mundo y yo: es que ha comenzado ya. Esto no lo había previsto: la muerte comienza temprano y me carcome (...) Lo que me desconsuela (...) es no encontrar ya en mí deseos nuevos: ellos se marchitan antes de nacer en ese tiempo rarificado que es ahora el mío” (40).

La muerte social (laboral, familiar) precede, con frecuencia, a la muerte psíquica y física, ensombreciendo y tornando angustioso el último trecho de la vida. Dice Thomas:

“Los ancianos,, salvo que pertenezcan a una clase social privilegiada, se vuelven a encontrar en una situación particularmente crítica. Improductivos (en una época en que la producción y la rentabilidad se convierten en el imperativo más importante) y escasamente consumidores (en un tiempo en que triunfa la sociedad de consumo)... la aceleración sorprendente, a la vez que irreversible, del ritmo del “progreso” los deja sin aliento, y es así como muy pronto el ser humano, salvo que sea muy dúctil, se desgasta en las adaptaciones a las que debe someterse para sobrevivir. Muy pronto el hombre maduro se vuelve inútil, y entonces la edad de la jubilación -la de la muerte social- se adelanta respecto a la muerte fisiológica... y así es probable que termine sus días desgarrado cruelmente entre el miedo a morir y el miedo a vivir” (41).

La jubilación es una forma de la muerte

social que frecuentemente es vivida con inseguridades y conflictos:

“Al implicar la noción de límite, de no retorno, la jubilación es el signo irrevocable y evidente de la vejez. Implica también la idea de ataque, de pérdida de la integridad: no se es golpeado por el límite de la edad, por la jubilación, como se es golpeado por la enfermedad, por un achaque?. En suma, la jubilación aparece como una suerte de alegoría que participa del tiempo y de la muerte” (42).

El asilo es otra de las instancias de marginación: forma parte de la muerte social y es su culminación. El asilo es una instancia que, como lo señala Thomas: ... absorbe con los viejos la angustia y la culpabilidad del grupo. No constituye una institución terapéutica o de readaptación: es un desagadero, un desván donde se arroja lo irrecuperable, aquello de lo que no se puede esperar nada más... o simplemente un mortorio, una autecámara de la muerte, el intermediario privilegiado que transforma la muerte social en muerte biológica” (43).

El asilo se muestra como una opción creciente para el anciano, debido a la progresiva y grave crisis de la familia. El ingreso al asilo es irreversible: es un encarcelamiento de por vida. El anciano saldrá de allí en una caja mortuoria, después de haber agonizado en soledad.

Los datos de la clínica señalan que la edad tardía es la edad de las depresiones; es la edad de la mayor frecuencia de suicidios (44).

Resulta dramática la paradoja que establece el sistema: Un vehemente empeño en prolongar la vida, favorecido por los fantásticos adelantos científico-técnicos, y la creciente incapacidad para resolver los problemas que azotan a la edad tardía: la paradoja de prolongar y maltratar la vida.

SUMMARY

Without a possible personal experience of death, our experience stems from that of others. A series of deaths are present; the loss of a loved one, which leaves one changed and desolate; my death concerning a loved one, which shatters me; partial deaths, arising from losses and abandonments; and my own death which will inevitably arise, accepted by mind, but unacceptable to my living person.

Death, in its many forms, is inseparable from life. However our culture tries to avoid confronting it, to deny it. The presence of death or any allusion to it generates anxiety and rejection. We live an accelerated process of individuality which leads to man being ever more alone and disorientated; trapped in a system of production, accumulation and profitability. The traditional family, ancient supporter of man, faces a crisis and threatens to break up.

Man has the wish to live forever; but also sometimes, to cease to exist. In the face of the natural course of life, as a desperate cry for assistance, suicide presents itself; a complex phenomenon with serious implications, which needs understanding and a special approach.

The unarrested technological expansionism in its precipitous movement, sets the old man apart and abandons him, as an option ever more sure, the institutionalized process to isolate, where he will finish his lonely days.

The system offers us through its marvelous technological achievements, a prolongation of life to extremes which extend beyond human dignity. It offers what has been called "care factories": imposing and cold mechanized complexes, which translate into a doubtful existence for man, replacing the possibility of a good and dignified death: machines which frequently are the indifferent companion of the lonely agony of the man.

These miracles of medical survival have changed the face of the agony and death. In our Western culture, death is seen as a failure, as a limit to the possibilities of technology. It is not admitted to be a natural event which will inevitably arrive, and for which man must prepare himself through an active life. A good death is often the result of a good life. In order to assist our patients, as Viktor Frankl proposes, to find the sense of life in its various expressions, is to assist the harmonious contemplation of the steady steps towards death.

Bibliografía

1. AGUIRRE, Max y otros. Urgencias en Psiquiatría. Pub. Asociación Ecuatoriana de Psiquiatría. Quito, 1984.
2. ABBAGNANO, Nicolás. Diccionario de Filosofía. Edición Revolucionaria. Habana, 1966.
3. BEAUVOIR, Simone. Una Muerte muy Dulce. Edhosa. Barcelona, 1964.
4. BEAUVOIR, Simone. Todos los Hombres son Mortales. Obras Completas Tomo I. Ediciones Aguilar. Madrid, 1972.
5. BLEULER, Manfred y Otros. Síndromes Psiquiátricos Agudos en las Enfermedades Somáticas. Ed. Morata. S.A. Madrid, 1968.
6. BORGES, Jorge Luis. Borges Oral. Ed. Brugera. Barcelona, 1980.
7. BORGES, Jorge Luis. Obras Completas. Emecé Editora. Bs. As. 1989.
8. CAMUS, Albert. El Mito de Sísifo. Losada. S.A. Bs. As. 1957.
9. CARUSO, Igor. La Separación de los Amantes. Ed. Siglo XXI (15a. ed). México, 1988.
10. FRANKL, Victor. Psicoanálisis y Existencialismo. Fondo de Cultura Económico. México, 1950.
11. HUBER, Gerd y Otros. Esquizofrenia y Ciclotimias. Ed. Morata. Madrid. 1972.
12. HUMPHRY, Derek. Final Exit. A Hemlock Hardback. Oregón, 1991.
13. IONESCO, Eugene. El Rey se Muere. Ed. Lozada. S.A. Bs. As. 1963.
14. LEPP, Ignace. Psicoanálisis de la Muerte. Ed. Carlos Lohlé. Bs. As. 1967.
15. LOGRE, J.B. Psiquiatría Clínica. Ed. Troquel. Biblioteca El Tema del Hombre. Bs. As. 1965.
16. MATURIN, Charles. Melmoth el Errabundo. Ed. Brugera. Libro Amigo. 1981.
17. MENNINGER, Karl. El Hombre Contra sí Mismo. Ed. Península. Barcelona, 1972.
18. TOLSTOI, León. La Muerte de Iván Ilich. Ed. Brugera. Club No. 79. Barcelona, 1981.
19. THOMAS, Louis-Vincent. Antropología de la Muerte. Ed. Fondo de Cultura Económico. México, 1983.
20. TOYNBBE, Arnold e IKEDA, Dasiku. Escoge la Vida. Emecé Editores. Bs. As. 1980.
21. TOYNBBE, Arnol y Otros. La Vida Después de la Muerte. Edhasa. (5ta. reimp.) Bs. As. 1989.
22. UNAMUNO, Miguel. Del Sentimiento Trágico de la Vida. Ed. Azteca. S.A. México, 1961.